

## Capítulo 1

La ayudante de la secretaria colocaba en cajas de diseño unas carpetas amontonadas que su jefe, recién dimitido, le mandaría llevar al despacho de su casa. El hijo de don Pío, el gerente, la veterana secretaria, el abogado de la empresa y el notario seguían proyectando esbozos de futuro en la mesa de juntas de la otra ala del despacho, un espacio solo reservado para las grandes ocasiones.

Pío de la Riba tenía la mirada pegada, y la visión perdida, entre las nalgas que asomaban por encima del pantalón sin cintura de Lea, la joven ayudante de su secretaria. Cuando esta hubo llenado la primera caja miró a su jefe, y sin levantarse ni cambiar de postura, le preguntó con un gesto no exento de cierta coquetería:

—¿Está bien así, señor De la Riba? —sentía pena por él. Después de tantos años pasando desapercibidos a su lado, le impresionaba su salida.

—¿Así? —se dijo totalmente descolocado. Vivió, trabajó y triunfó. Estaba curtido en todas las etapas y desafíos. Lo sabía todo, menos cómo desertar.

Don Pío vivía los minutos más relevantes de su vida. Abandonaba definitivamente su mundo, se iba de ahí con las cajas que llenaba aquella chica; sus vivencias y recuerdos eran instantes relampagueantes, situaciones de alto riesgo, momentos históricos para su gente y para su compañía. La empresa cambiaría, ya no sería la misma, él tampoco volvería a ser el mismo. Todo acababa y todo volvía a empezar.

—¡*Vaya por Dios!* —exclamó para sí cuando bajó de su nube y regresó al despacho—. *¿Se habrá creído que miraba donde no debía?*

Lea llenaba las cajas agachada en cuclillas, postura por la cual, su atrevido pantalón, no alcanzaba a cubrir más allá de la mitad de su firme trasero.

—Perdón, me decías... —titubeó el recién jubilado.

—Si sigo así, ¿o quiere otro orden? —aclaró su ayudante, algo insegura, o quizás turbada, por la tristeza, por complicidad con el valor ajeno o porque sabía lo que enseñaba y quería que don Pío viera.

Ahora sí, ahora ya no podía quitar la mirada. Consciente de su fijación ironizó para sí:

—*¿Es que las chicas de ahora no llevan bragas? Por detrás no parece llevar nada, o sí, si es que tapa algo un hilo de pescar dividiendo su trasero.*

Setenta años, y por un instante su imaginación se permitiría una primera y única licencia erótica en el despacho. Imaginó coger el molesto hilo, ver hasta donde llegaba, y sacarlo de ahí para que dejara de incomodar las partes íntimas de su joven secretaria. El confundido Pío, poca broma, acababa de renunciar a todos sus poderes, firmar la donación y la herencia. Todos los papeles que le iban poniendo delante llevarían la rúbrica de la recién estrenada libertad. ¡Al fin se largaba! Aquello se acabó para siempre. Sin haber transcurrido ni cinco minutos y con la mirada puesta en Lea, descubría que, por primera vez, iba a ser un hombre sin ataduras. No empezaba su cuenta atrás, al contrario, iniciaba un andar hacia delante, en busca de otras cimas. Fueran cuales fueran, ahora era su turno. Ya no más responsabilidades.

Firmó sin pensar en otra cosa que no fuera la continuidad y el buen funcionamiento de su imperio, en preservar y satisfacer a su hijo y a sus empleados. Aunque también ironizaba sobre aquel momento: si a él le había llegado la hora, como iba llegando a todos, quería saber qué hora era esta, cuál era su margen, su límite, el punto más alto. Sabía que terminaba su tiempo de dar, mal dormir, mal comer y mal vivir, y empezaba el de recibir, pasar a *cobros* sus facturas de cincuenta años. Nada de acabar nada, setenta años y estaba vivo. Ahora era cuando iba a empezar todo. Lo reflexionó el día que tomó la decisión. No moriría trabajando. Así fue cómo

vivió. Ahora iba a vivir en total libertad, sin límites. Haría lo que le diera la gana. Absolutamente. Lo decidió así y así iba a ser, y por esto, solo por esto, estampó tantas firmas.

Sin experiencia alguna, sin haber sido jamás jubilado, sin preparación ni aprendizaje, acababa de descubrir, mirando las ondulaciones de la ayudante de su secretaria, que más allá de su empresa también había vida. Su otra vida, la de antes, mírese como se mire, fue una santa putada. Vivir para trabajar o para ganar dinero, ¿qué más da? Es solo una forma de esclavitud.

Si una vez transcurrido el tiempo, cuando culminara lo que fuera, cuando consiguiera lo que viniera ahora, si alguien le preguntara: ¿cómo lo conseguiste?, ¿cómo empezó todo?, ¿lo tenías estudiado?, ¿cuál fue el detonador?, ¿la vejez?, ¿tu jubilación? Pío jamás podría explicar la verdad sin una expresión pícara en su rostro. ¿Cómo podría decir sin reír o sonrojarse?:

—*Todo empezó solo unos días antes de una introspección que, de no ser por las nalgas de mi joven secretaria, no habría hecho. Puedo asegurar a todos que, de no ser por aquellos instantes, todo habría sido, o empezado, de otra manera. Mejor aún, no habría empezado nada.*

No, jamás podría decir algo parecido. Ni mucho menos que imaginó quitar el hilo que iba de su trasero al pequeño trocito de tela que tapaba su pubis.

¿Erótica setentona? ¡Qué saben los usurpadores de herencias de la erótica de sus mayores! Solo saben de promesas pretenciosas, dudosas y mal disimuladas, con tal de relevar al *jubilando* cuanto antes. Hasta que un día descubren, o no, que al que acabaron jubilando, dejó colarse un gol.

En la gran mesa de juntas seguían reunidos haciendo proyectos. Tomaban apuntes imaginando un futuro liberados de su yugo y su látigo. Con los dedos entrelazados detrás del cogote y las piernas estiradas debajo de la mesa del *dictador*, unos deliberaban pensando en cómo manejarían al hijo, y este maquinaba cómo se lo montaría para manipularlos a todos. Siempre era así tras una sucesión empresarial. El hijo se impondría, ellos serían sus cabrones más próximos y él, el hijo

de puta, que como su padre, jodería y explotaría a todos. Se puede decir más fino sin dejar de ser menos cierto, ni más real. Cada empresa es cómo la engendra y desarrolla su creador y único responsable de la cosecha. Si sembró vientos, recogerá tempestades. Si fue limpio, beberá agua pura.

De la Riba vivía instantes largos como siglos. Lea seguía en cuclillas.

—¿Y ahora qué me dice? ¿No habría sido mejor ordenarlas por temas y no por colores?

Las carpetas nunca se habían llegado a utilizar, se habían comprado para formar parte de la decoración del despacho, y aunque viejas, estaban como nuevas, algo así como la libertad de don Pío, vieja pero sin usar.

—Haz lo que quieras, esas cosas son asunto tuyo, si no quieres que te haga venir a casa cada día para que me digas dónde están las cosas... colócalo cómo tú creas mejor, que me sea fácil hallar el material que busque.

—A mí no me importará venir siempre que me necesite, don Pío —otro conato de coqueteo. ¿Qué tenía aquel anciano para captar tanta atención? Alto, algo encogido, elegante, nunca acosó a ninguna secretaria, caballero de los de antes.

—*¿No se ha levantado? ¿No le dolerán las rodillas llevando tanto rato agachada? ¿Se habrá dado cuenta de donde estoy mirando?*

Don Pío siguió susurrando a su inconsciente:

—*¿Y antes...? Sí, seguro que habría podido vérselo mil veces, pero yo nunca he sido un mirón. Claro que soy un mirón, como todos, solo que no he mirado hasta hoy. Porque no me daría cuenta, claro, será esto, porque si se agacha así, ¿cómo no lo voy a ver?*

Don Pío habría mirado, de saber que nadie le veía mirando, de lo contrario giraría la cabeza hacia otro lado. ¿Que todos le vieran? ¡Qué horror! La disciplina, la corrección, la rectitud y todo un diccionario de sinónimos sobre el respeto a la sensibilidad y el pudor femenino jamás faltaron en sus oficinas.

—*¿Tú crees que Lea sería capaz de venir a casa vestida así? ¡Anda que no! Seguro que ya sabe donde miro en vez de mirarle*

*los ojos. Vendrá a colocarme las carpetas, eso seguro, pero será cuando esté mi asistentita, claro. Seguro que sabe su horario. ¿Y si viene cuando no está? Vaya, si viene cuando yo estoy solo... será que le gusta que la mire, y si trae falda, ¡je, je! Será mini, no tiene otra cosa.*

Don Pío empezaba a sentirse en ese mundo del que nunca nada supo, y vio que le gustaba. Como ocurrió cuando Dios creó al hombre, lo miró y le gustó, y dijo: —*Pobre, necesitará una mujer*, y la creó para él. Puro machismo de la Biblia; qué más da, lo sigue siendo. Le vino a la memoria la afirmación de Einstein: *El tiempo no existe*. Por tanto, se aprovecharía de la intemporalidad. Sería un jubilado fuera del tiempo.

—*¿Tú te imaginas un revolcón con ese cuerpo tierno y suave? Salimos a la terraza para ver salir el sol entre mar y montaña. Hago que se estire desnuda en la hamaca, la empolvo con harina, la cubro con una capa de nata y me la desayuno enterita. ¡Qué gozada!*

Cerró los ojos para que nadie más pudiera ver la escena ni las chispas que salían de sus ojos. Cuando estas se apagaron y los abrió, tuvo la sensación de ver un leve y sensual movimiento en las nalgas de su secretaria.

—*¡No! Me estoy pasando, ¡despierta chico! Demasiados cambios en tan poco rato... Aquí el único que se mueve soy yo.*

Pensó que sería un temblor de sus propias rodillas y que eso hacía que viera movimientos en la fijación que tenía en frente. Prestó un poco más de atención e inmovilizó su cuerpo, y aun así siguió pensando que era ella la que hacía oscilaciones provocativas.

—*Será que le duelen las piernas, lleva un buen rato en cuclillas.*

Lea le desencantó otra vez:

—Mejor así, ¿verdad?

—Sí, sí, mucho mejor, tú sigue, así va bien... —ironizó sin darse cuenta. A veces el subconsciente desata la lengua y uno habla creyendo que solo imagina.

Lea siguió con su trabajo y Pío queriendo olvidar, o más bien, borrar, sus setenta años. Miró su despacho y trazó una línea imaginaria de pared a pared.

—*Allá queda el pasado y aquí*—donde la excitación del momento y el despliegue lujurioso provocado por Lea dieron alas a su imaginación— *en este lado queda todo lo que vendrá.*

Sonrió desde dentro, se rio de sí mismo y de su ingenua capacidad creativa, siempre desbordada por los sueños.

—*A estas alturas de tu vida, venga hombre, ¿qué esperas?*

Don Pío se respondió a sí mismo con una sonrisa cargada de autoestima y complacencia.

Puerto de Barcelona, terminal de ferris: apoyado en la alambrada que separa el *parking* del acceso al ferri de GNV con destino a Génova, Pío miraba absorto algunos detalles del viejo Fantasía. Le llamó especialmente la atención el gentío del puente de popa, al parecer todos eran marroquíes. En sus caras no había margen para mostrar algo que no fuera amargura. Habían embarcado en Tánger, atravesando el Mediterráneo en diagonal, mal durmiendo en butacas, o estirados en cualquier pasillo o rincón de la vieja nave.

—*¿Qué lejos vemos la pobreza y cuán cercana tienen ellos la riqueza! ¡Y esos son todos afortunados, regresan de vacaciones!*

Pío acababa de pasar del agobio a la placidez. Ayer, jubilado, o desahuciado de la vida laboral, y hoy embarcado, con los descamisados de África. Ni él se podía creer un destino más irónico. Ayer abandonó su imperio y hoy abandonaba Barcelona en Vespa, y sin las prisas que marcaron su vida de ejecutivo, se largaba, sin más, a Génova en ferri. No era una promesa ni un compromiso, era que al levantarse escuchó que el hombre del tiempo anunciaba mar en calma en el golfo de León, y sin venir a cuento: *buen tiempo en Liguria.*

—*¿Liguria? ¿Pero qué tiene que ver Liguria con nuestro servicio meteorológico?* —no sabía, nunca lo supo, que la predestinación no es casual. Y menos si le echamos un cable.

Y, no teniendo que decir adiós a nadie, ni mucho menos dar explicaciones, cogió una bolsa deportiva, puso cuatro cosas dentro y se largó al puerto con su Vespa.

Puso cara de niño travieso cuando desde el final del Paralel vio las *Onades* del escultor Andreu Alfaro, que desde más de 40 metros de altura anuncian la llegada a la terminal de cruceros y ferris.

—*Pregunto por el primero que va a Génova, y si no cojo otro, qué más me da el destino. Mi destino son mis decisiones, o improvisaciones* —sonrió feliz—. *Y de esto yo sé más que nadie.*

Fue el de Génova de las trece. Iría a darse una vuelta en Vespa por Génova y si tenía humor llegaría hasta San Remo. Visitaría a su amigo don Salvatore Silicio. Seguro que lo pillaría por sorpresa en su casa de verano. *Innovación, acción y proyección*, las frases construidas en torno al éxito de su grupo empresarial, le llevarían hoy a Génova, y a decirles a los suyos que se olvidaran de él.

—*Ya me he jubilado o me habéis jubilado. Eso es lo que queríais y es lo que ya me tenía harto. No sedis memos, vosotros no habéis logrado nada, el que ha conseguido lo que quería soy yo. ¡Setenta años! ¡Anda ya y que os den a todos!*

Reía solo cuando compró el billete, y más aún cuando estiró el caballete de su Vespa en el vacío *parking*. ¡Cómo no iba a reír! Ni él se lo podía creer. De buena gana habría subido al cercano monumento de Colón y habría chillado: —*¡Se acabó, podéis iros todos a la mierda!*

—*Dentro de poco estará todo lleno, pero yo entraré primero en el culo de este montón de chatarra* —estaba eufórico—. *¡Jubilado! Del latín, grito de alegría. ¡Como me ponga a gritar no me calla nadie!*

Los primeros que aparecieron detrás de él iban en cinco motos Harley, ataviados con indumentarias paramilitares, y cuatro chicas vestidas de forma parecida, más otra, al parecer la más joven y desenfadada, con ropa ligera y atractiva. Aparcaron en línea con la Vespa de Pío y desentumecieron sus cuerpos con movimientos gimnásticos. Uno de ellos, una especie de guerrero de esos que aparecen en los videojuegos para hacer puntería, sacó sus guantes negros con clavos de punta para dar unas palmadas y convocarles a su alrededor.

Pío se acercó discretamente, como por casualidad, sin pretender saber nada de aquella gentuza. Solo estiró las antenas direccionales de su cerebro.

—Última etapa, ¿alguna duda? —el grupo tenía jefe, no cabía la menor duda.

Hablaron varios a la vez sin que ninguno de ellos levantara la voz. Pío volvió a mirar al buque y sus pasajeros. Visto que no podía escuchar nada de lo que decían, se limitó otra vez a lo suyo, lo que se dice cazar moscas, y sin bajar la guardia, como si una de aquellas Harley pudiera violar a su amada Vespa.

—¡Eh!, ya sabéis, máximo dos o tres juntos, no nos agrupemos en ningún caso, próximo encuentro en el *parking* de motos frente al galeón *Neptuno*. No quiero líos ni con la tripulación ni con el pasaje —chillaba bajo, pero chillaba—. Serán veinte horas. Veinte horas sin beber ni fumar. ¡Moríos de aburrimiento! ¡Pero no me jodáis!

—No sé... ¡Hay que joderse! ¡Putos moros! Ahí los tenemos otra vez —uno de los motoristas señaló el buque—. Me vienen ganas de zurrarles.

—Y yo de machacarte a ti. ¡No me jodáis! ¡Es la última etapa! ¡Estoy harto de ver polis y aduanas! Marroquíes y españoles, y de los putos *carabinieri*. Te digo: ¡no me jodáis! Ya casi hemos llegado, ¡coño!

Pío pudo escuchar lo del galeón *Neptuno* y los tacos.

—*En cuanto desembarquemos... je, je, esto se animará.*

Ya había tomado la decisión, podía oler su propia adrenalina flotando por el aire. Imaginó tráfico de drogas, heroína, fórmulas de laboratorio, material de investigación robado de una multinacional. Para Pío aquel grupo olía a podrido, a pura delincuencia.

—*Iré directo al galeón del Porto Antico, seguro que les pilló en algo turbio. Bien, ya tengo en qué pensar.*

El galeón *Neptuno* es la réplica más cara jamás realizada para el cine, en este caso un encargo de Roman Polanski para su película *Piratas* de 1984, hoy una atracción del antiguo puerto genovés.

Con los dedos pegados a la alamburada esperó, sin moverse, a que los moteros hicieran algún gesto delator.

—*Y si no, ya lo harán dentro del ferri y yo estaré allí. A esos los pilló yo, sea lo que sea que tramen, serán mi primera*



*distracción, mi primer problema sin vínculos ni intereses para acumular dinero.*

Faltaba mucho para el embarque y el aburrimiento era una enfermedad que no había sufrido nunca.

—*Joder! ¡Qué hago tanto rato sin mover ficha! ¡Anda ya! «Mover ficha», ya hablo como los políticos.*

El movimiento le llegó por detrás, una mano femenina se posó suavemente encima de su hombro. El aprendiz de jubilado no se giró, no era necesario, sabía quien era. Olía a despacho, trabajo, responsabilidades, a mujer, joven, belleza, sensualidad.

—¿Qué haces aquí, Lea? —dijo sin volverse, sin ver cómo peinaba, vestía y sonreía.

Cuando se giró fue para decir:

—¿Qué le pasa a mi hijo?

—Hola, señor De la Riba, no se asuste por nada, no pasa nada...

—Venga, dime qué haces aquí —ordenó nervioso, y añadió mirándola de arriba abajo—: Pues sí que vas guapa... Perdón, estoy de vacaciones, aunque la cortesía nunca debería estarlo.

—Fui a ordenarle las cajas de carpetas como habíamos quedado, encontré su nota y vine corriendo.

—No te entiendo, mi nota solo decía que cogía la Vespa y me largaba a coger el primer ferri. Que solo tú sabrías esto...

La joven le cortó, quiso hacer una gracia, le miró a los ojos con intención y ganas de turbarle. Esbozó una de estas sonrisas que dejan toda la dentadura al descubierto.

—Por cierto, tengo sus llaves... —Lea las hizo sonar entre sus largos dedos como si fueran campanillas.

—Viniste a devolverme las llaves de casa, ahora entiendo...

Por un momento, creyó que la secretaria de su último sueño nocturno había ido a despedirse, o a pedirle que le dejara ir con él, o a darle un abrazo... —*Yo qué sé, está para comérsela... ¡Qué boca! Eso es un jardín de perlas... Veinte y pico y yo setenta, estoy como un cencerro.*

Llenó sus pulmones y expulsó el aire para poder decirle...

—Bueno, Lea, gracias por...

—¿Puedo acompañarle? No me gusta que se vaya solo a Génova —dicho lo cual le mostró su billete para navegar y dormir en butaca.

—Te ha mandado mi hijo... lo sé, menudo capullo... Papaíto no puede ir solo, ¡joder! Tú le llamaste y le dijiste lo de mi nota... ¡Sabías que esto me humillaría! ¿Por qué lo has hecho?

—No, no, jamás haría algo así. He llevado su agenda durante años. He sido discreta, he guardado como un secreto todo lo que he oído en su despacho. ¿Recuerda lo que me dijo el primer día? Lo de secretaria igual a secreto, del latín *secretus*. Jamás he revelado ninguna de sus confidencias, actividad o secreto profesional, me dejaría matar antes que traicionarle —hablaba rápida y temerosa, insegura, temía haberse precipitado—. *¡Seré estúpida! ¡Es mi jefe!* —pensó.

—Vale, vale, dime qué haces aquí, ya sabes que...

Ella le cortó otra vez:

—No se enfade conmigo... —le miró un instante a los ojos, y al momento miró el suelo compungida—. Déjeme que le acompañe, no tiene a nadie, su hijo ya tiene lo que quería, su secretaria ha pasado a su hijo, como si formara parte de la herencia. Sin usted en la oficina, yo me largo, allí no le debo nada a nadie. En cuatro años sé tanto de usted como usted mismo —ahora levantó la mirada y se la clavó, en la frente, al mismo nivel—. Solo hasta que vuelva a casa... —Hizo una perfecta imitación de niña mimada, de llorona resistente, de tímida descarada, de niña buena perversa, de *si no me lo das, te lo quito, ya puedes decir que no cuantas veces quieras, al final será que sí*.

Pío la miraba y no se lo creía, ¡qué distinto era todo fuera del despacho!

—*¿Cuatro años? Y yo sin haber mirado nunca estos ojos como bolas de billar, ni estas pestañas como palmeras, ni estos morritos de niña mala.*

Lea prosiguió atacando otra vez con su mejor artillería: sus ojos. Acababa de intuir que mirándolo directamente quedaba algo turbado.

—Un día, hace tiempo, vi diez currículums en una carpeta. En el interior una nota de su hijo aclaraba: *todas son*

*muy guapas y han pasado las pruebas. Lea es la más guapa y la más brillante en todo, no la cojas papá, en mi opinión es la típica listilla inevitablemente narcisista, no quiero que acabe dándote problemas.* Quiero que me diga si ha tenido, alguna vez, un solo problema conmigo o por culpa mía. Jamás trabajaré para su hijo. Yo mandé el currículum para ser su secretaria personal o la fiel ayudante de su secretaria.

Pío quiso deshacerse de ella y largarla a su casa fuera como fuera. Ni por asomo dejaría que nadie de su compañía le desquiciara. Así que ironizó despiadadamente:

—¿Viste cómo ayer te miraba? Pues en cuatro años es la primera vez que me fijo en ti como persona, la primera vez que te miro y lo único que veo es que, cuando te agachas, el culo se escapa de la cintura —aseveró displicente e insultante—. Anda, vete a tu casa y olvídate de mí, ya no soy tu jefe, ya no te necesito. Tú eres una buena secretaria, una buena chica, joven y hermosa y yo un viejo que acaba de pasar de *jubilando* a jubilado perpetuo. Jubilado: *júbilo, alegría*, como todo, viene del latín, *jubilum*, grito de alegría. No me lo estropees, fui bueno contigo en mi despacho, fuera de él puedo ser tu pesadilla. Tú no me conoces. Pasaré de todo y de todos hasta que muera. Se acabó hacer el gilipollas. El mundo me importa un bledo, por no decir algo más apestoso.

—Solo quiero cuidarle. Sé que me necesita más que antes. ¡Se lo debo! Entiendo su estado de ánimo. Solo yo le entiendo.

—¿Es que tú no tienes abuelos? —dijo con sarcasmo.

—No, ni padres ni a nadie, como usted —mintió.

—Anda vete, no quiero una hija, ni una nieta, con mi hijo ya tuve bastante. Cada vez que viera tu cara me recordarías el despacho, y los buitres carroñeros que me rodeaban.

—No quiero ser nada, solo cuidar de usted, sus buitres se fueron volando con su presa, ya no habrá más carroñeros a su lado...

En ese preciso instante sonó la voz del trueno, las cinco motos se pusieron en marcha sonando agresivas y amenazantes, como si fuera a empezar una carrera de kamikazes suicidas para ver quien llegaba en menos tiempo al borde del precipicio,

y quien era el último que frenaba. El espanto hizo que Lea apoyara sus largas manos en el pecho de Pío. Un reflejo instintivo, propio de una joven que busca refugio y encuentra frente a ella una figura paterna. En este caso el que fuera su *pa-pa* laboral durante unos años, los únicos que vivió como empleada de alguien.

Como queriendo disculparse, dijo lo primero que le vino en mente:

—Cuando un poste se ladea a la derecha, se cae a la derecha, cuando dos postes se inclinan a derecha e izquierda, no cae ninguno de los dos.

Pío la observó silencioso, dejó pasar diez segundos y contestó.

—Si coinciden...

Lea no le dejó seguir:

—Dos zarandeos soportándose mutuamente tienen más aguante, no hay quien les derrumbe.

—De acuerdo, solo que mi madera se resquebraja cada día que pasa, mientras la tuya cada día resiste más. Un mal equilibrio. Si te apoyaras en mi acabarías cayéndote y yo hecho añicos. Yo soy de porcelana y tú de acero cromado.

—En absoluto, señor De la Riba, lo que a mí me sobra a usted le basta, lo sé. Deme un tiempo para ayudarle en su nueva vida, me iré cuando se harte, cuando quiera que me vaya, me voy —le miró fijamente, sin pestañear, sus ojos eran el reflejo de su sinceridad, su juventud sin necesidades, sin ataduras, sin compromisos—. Se lo juro —acabó disponiéndose a subir detrás de él en su Vespa.

Las motos tronaron de nuevo, el acceso por la popa estaba abierto, la inmensa abertura empezó a tragar vehículos de todo tipo: motos, turismos, caravanas, tráileres, remolques con lanchas. Los que embarcaron en el puerto de Barcelona tenían un *parking* exclusivo. Los de Tánger estaban en una cubierta inferior. Las motos tenían que aparcar en el centro, una especie de paso de peatones, un lugar molesto para todos. Como en las ciudades: las motos son la mejor solución para el tráfico, la contaminación y los espacios urbanos, pero ningún urbanista municipal las respeta ni considera su aportación.

Tienen que buscarse la vida aparcando en aceras u otros espacios más imaginativos, mientras que los guardias urbanos las persiguen como delincuentes para llevarlas al depósito o, con un poco de suerte, multarlas.

Cuando los guardas de seguridad dieron la orden de embarque, Lea subió de paquete en la Vespa. Fueron los primeros que entraron en aquella garganta de dragón. Aparcaron donde los guardas marroquíes e italianos les indicaron. Los moteros de las Harley les siguieron detrás. Durante el corto y lento trayecto, Lea se sintió observada, casi acosada por todos: vigilantes, personal, moteros, moteras, mantenimiento, azafatas... Desde que fue engullida por la inmensa popa del ferri, no paró de reír feliz y coqueta, aunque afirmó todo lo contrario:

—Me molestan tantas miradas —susurró al oído de su jefe—. No debí ponerme los *shorts*, ni esta blusa, por Dios, ¡qué vergüenza! Lo siento, ¡le estoy incomodando?

Se pegaba a Pío, como si pretendiera camuflarse detrás de su ancha espalda.

—Tranquila, se creen que soy tu padre, o tu abuelo, que estás en la lista de futuribles, ya me entiendes, una chica que va de pesca —y echó una carcajada pretendidamente amable.

—Gracias —aunque se rebotó—. ¿Futurible? Yo no he nacido para arreglarle el futuro a nadie. ¡El mundo se tropezó conmigo! Yo no pretendo ningún tropiezo.

—Padre, jefe, amigo o amante, qué más da, tengo los puños curtidos, con esto ya tienen bastante —dijo parafraseando a Rafael de León, y añadió—: Ya ves, soy un antiguo con excesivo instinto protector, un machista confeso.

—No, qué va, dirás, una antigualla —contestó riendo y tuteándole por primera vez, mientras le cogía del brazo y entraban en el ascensor que los subiría a la cubierta de recepción—. Don Pío de la Riba —aclaró Lea en el mostrador de recepción.

—Una *suite* para el señor De la Riba, ¿verdad? —preguntó en español un elegante italiano.

—Sí, sí, la mejor —y mirando a su jefe estiró el brazo para pedirle su billete—. Tenga, ahora hablamos usted y yo... —su mirada, directa a los ojos del italiano, era la que corresponde a una secretaria avezada a viajar con su jefe y a confundir con autoridad seductora a todo hombre que se le cruzara.

Don Pío de la Riba la dejó sola con el jefe de recepción para ir directo a la cubierta superior. La azotea estaba repleta de africanos afanados por ver Barcelona desde allí. Pasó de largo en busca de un lugar más tranquilo, quería echar una ojeada al mar y a los movimientos portuarios. Subió otra cubierta y se dirigió al otro lado de la nave. Allí, en estribor, no había nadie. Un corredor largo como el ferri, y totalmente desierto, le permitiría caminar sin ser molestado por aquella buena gente que iba a Italia, o vete a saber dónde, en busca de un mundo mejor, a cambio de trabajo, humillaciones y desprecios que nadie reconocía en el viejo continente. Atropellos que todos cometían. Salvo algunos, los que estaban organizados para ayudarles y practicar con ellos la caridad cristiana o el humanitarismo ateo, qué más da, eso también es humillante. Lo que debía ser y no era, debía salir de gobiernos y parlamentos. De leyes justas y normas promulgadas por los países más ricos del mundo.

Con los codos apoyados en la barandilla, reflexionó sobre Lea y las pequeñas confianzas que se permitía y que le alteraban, alteración cardíaca que agradecía a la par que le hacía vibrar y preocupaba. Una antigua sensación, ya casi olvidada, en algún lugar de su receptáculo mental.

La imaginación puede hacer en unos minutos un recorrido más largo y amplio que un paseo por los cinco continentes. Su empresa ya estaba olvidada, *voilà*, desaparecida del todo. Aunque los nuevos MBA creyeran que lo acababan de enterrar, los muertos serían ellos. Una defunción que les duraría unos cuarenta años, suponiendo que para entonces siguieran estando cuerdos.

No, Pío no dedicó un solo instante a su compañía. Ni en su escapada genovesa, ni en el hotel que no había reservado. Todo eso eran minucias. Lo que sí valía la pena tener en

mente eran los ojos verdes, redondos y salidos, y las enormes pestañas de aquella cara escultural, un modelo salido del mejor bajorrelieve de Donatello.

—*¡Cuatro años en mi despacho, a mi alcance, y yo sin verla! ¿Qué les pasa a los empresarios como yo? ¿Pero qué gilipollas! ¿Será que aún tengo atractivo para las chicas? ¿Será que ella busca un protector con poder y fortuna y yo una jovencita con encanto y seducción?*

Dicho y borrado. Pío no era tonto, sabía que a su edad podía echar un buen revolcón, sobre todo si la chica estaba en celo y solo tenía veinticinco años. Pero también sabía que, de no ser pagando, no había cristiana que se prestara.

En eso estaba cuando le vinieron a la memoria los ojos de encantadora de serpientes de algunas de las moras que se cruzaron con él completamente tapadas. —*Si el resto es igual, no me extraña que cada moro quiera media docena. ¿Qué feos son sus hombres y qué bellas sus mujeres!*

Río para sí, su cabeza no paraba —*Joder, ¡voy a vivir!*—, y siguió fantaseando con Lea hasta que, pasando páginas eróticas que él mismo protagonizaba, otras imágenes interrumpieron el mejor capítulo de su desbordante imaginación.

Allá en el fondo, donde el final del corredor se confundía con una puerta, había dos de los moteros que tiraban de una cuerda color negro. Tanto estribor como babor del ferri formaban un ángulo recto con el mar, eso le permitía ver todo el recorrido del casco hasta que desaparecía fondo adentro de las oscuras aguas del puerto de Barcelona.

Mientras uno tiraba de la cuerda el otro intentaba cubrirle con su cuerpo para que Pío no viera nada. Una tontería. Pío vio perfectamente cómo subían a bordo un paquete negro, pequeño y al parecer pesado. Fueron unos quince segundos. Dejaron caer la cuerda al agua y con el paquete debajo del brazo salieron sigilosos por la puerta del fondo. La cuerda desapareció en un santiamén, indicio inequívoco de que alguien sumergido en el agua tiraba de ella.

Don Pío intuyó que los moteros subieron a la cubierta superior. Detrás de él había una puerta como la del fondo, la abrió, a dos metros empezaba una escalera. El aprendiz de

jubilado subió los escalones de dos en dos. Ya en la azotea los vio venir de frente mirándole fijamente. La intención de los moteros debía ser bajar por la amplia escalinata del centro de la nave. Pío también los miraba fijamente sin dejar de caminar a buen ritmo hacia el centro. Si ninguno de los dos aminoraba la marcha ni cambiaba de trayectoria, aquello acabaría en choque y los choques suelen ser causa de enfrentamientos.

Menudo era Pío para amilanarse ante nadie o asustarse por nada. Si en su vida emprendedora hubiera dudado una sola vez, o si alguien o algo, persona, colectivo o institución, hubiera tenido suficiente osadía para desafiarle, habría preferido perder la fortuna familiar, y la que él mismo consiguió, antes de poner marcha atrás.

Socio, amigo y galardonado por el Círculo de Economía de Barcelona, en una de sus conferencias sobre economía global, alguien le preguntó:

—Señor De la Riba, ¿es cierto que usted jamás utiliza la marcha atrás?

Don Pío no soportaba la estupidez humana, la que fluía en los foros, cuando con más ganas de ser el centro de atención que de plantear un tema útil para todo el auditorio, alguien alzaba el brazo para preguntar.

—¿Quién ha dicho de mí tamaña gilipollez? —rio burlón.

Todos sabían que aquel referente empresario nunca se mordía la lengua.

El auditorio se quedó lívido, la tensión era tan alta que se llenaron las baterías de los que siempre salen de casa sin cargar sus móviles.

—¿Quizás no me he sabido explicar? —siguió interrogando el atrevido economista—. ¿Qué es lo que usted entendió?

De la Riba puso la cara que toca poner cuando uno no sabe a qué juego está jugando.

—Piense un poco joven, piense —se le escapó una espontánea carcajada. Los que le conocían entendieron su broma y le secundaron sus risas. Para la mayoría, que no se



enteraba de nada, don Pío aclaró—: Si usted tampoco nunca hace marcha atrás, procure que vayan bien sus inversiones, porque su mujer le llenará la casa de críos.

Aquellas risas alegraron por primera vez aquella sala de sesudos y aburridos economistas. Duró poco. Don Pío no iba allí en busca de aplausos, ni mucho menos a contar chistes.

—¿Marcha atrás? ¡Usted me pregunta si yo he puesto alguna vez la marcha, inútil!

Mutis total en la sala. ¿Qué quería decir? ¿Dónde quería llegar?

—¡Jamás! Ni cuando aparco, yo siempre entro de cara, ¡no de culo!, ¡de cara! Me gusta ver claro, ser responsable total de lo que estoy haciendo y a lo que me expongo. ¿Qué pasa si aparco de culo? Pues eso, *penser avec son cul*, sucio y feo, ¿verdad? Aquí todos sabemos francés.

Y señalando su propia sien:

—Aquí, aquí, todo está aquí. Si usted sabe lo que sabe, sabe dónde va, lo que quiere y cómo conseguirlo con lo que tiene. Explótese a sí mismo, sáquese partido, aprenda de todo y de todos, y hágase el favor de no escuchar a nadie. Sí, sí, rodéese de un buen equipo, contrate a los mejores, que todos sean líderes, triunfadores, ambiciosos. Y si espolea su propia capacidad, si conduce bien las riendas de todos, todos serán uno. Y uno, cada uno en su tema, será mejor que usted. Así funciona nuestro mundo, no hay otro modo de conseguir nada, pero, por favor, que jamás noten que usted le permite a cada uno ser el mejor, mucho mejor que usted. El conocimiento, el progreso y la evolución global no serían posibles sin los supercerebros, superestimulados, de nuestros supertriunfadores. ¿Marcha atrás? Aunque abolle los coches de cada lado yo entro de frente, yo no me la juego, las abolladuras ajenas solo son daños colaterales. ¿Y las mías? ¿Qué pasa con mis abolladuras! —miró desafiante a cuantos ojos pudo—. ¡Son mías! Solo esto, no pasa nada de nada. ¿Acaso nadie tiene un primo tonto? —Pío era desconcertante, solía confundir—. Y ahora a lo que hemos venido, ¿cómo se está cocinando hoy la economía global? Primero hay que preguntarse quién es el cocinero y cuánto tiempo dejaremos que cocine. El tema es...

Ahora es cuando sacaba su portátil, le daba al ratón y aparecían en la pantalla de pared gráficos, curvas, puntas de sierra, previsiones y resultados, estadísticas y comparativas, macroeconomía global, movimientos bursátiles globales y aquello de que si uno tose, todos pillan el resfriado, y el riesgo de pandemia. Esta vez acabó bromeando:

—Por si alguien no me pilló al principio: en Francia se suele decir que uno piensa con el culo cuando dice una incongruencia, o un desatino, ya me entienden.

Aunque el joven que cuarenta minutos antes estiró el brazo, molesto por las risitas, quiso tener la última palabra:

—Señor De la Riba, entendí su metáfora. Aplauzo y conecto al cien por cien con su magistral exposición. Pidiendo disculpas de antemano, ¿podría explicarme cómo se las apaña para sacar el coche del garaje si entra siempre de cara? Solo podrá salir poniendo marcha atrás...

—No aparcando nunca contra un muro. Siempre en el centro. Los empresarios deben tener siempre la salida delante.

Los dos moteros estaban a pocos pasos de Pío. Uno de ellos metió su mano en el chaleco de cuero, como si fuera a sacar algo agresivo. Pío caló su sombrero panameño mientras seguía recto y firme hacia ellos. Notaba cómo sus glándulas producían adrenalina como en sus mejores años, sintió que le aumentaba la sudoración y se le encogían los testículos, se le tensaban los músculos y cerraban los puños. Era un placer, ¡demasiado tiempo sin sentir gruñir la agresividad que todos llevamos adormecida!

—*Aleluya, sigo funcionando* —estaba convencido de su nueva etapa.

De un modo u otro había que acabar ya con aquella tensa situación. Estaban mirándose en la corta distancia que antecede a la agresividad. El cuerpo a cuerpo ya casi era real. El motero de la caja tuvo que improvisar: o quedaban como unos estúpidos frente al vejete de la Vespa, o le decían que se metiera en sus asuntos mientras le cogían por los huevos.

¿Cómo podían violentar aquella montaña de años, que se aguantaba de pie con más dificultad que una torre de palillos?

Allí estaban, dos matones y *la nada de algo que fue*.

Pío pasó de todo e inició la bronca. Puso cara de mala leche y chilló como poseído por un diablo, como mínimo por Satanás. No tenía más arma que la autoridad y su capacidad de mando, y Satanás no iría a socorrerle con sus cuernos rojos, ni echando fuego por la boca.

—¡Mucha moto, gorras militares, insignias hitlerianas...!  
¡Vamos en el mismo barco, coño! ¿Qué estáis tramando? ¿Qué hay en el paquete? ¡Me cago en la leche! ¡No será una bomba!  
¡Vosotros queréis cargaros un barco lleno de moros!

—¡A mi tú no me chillas! ¡Gi-li-po-llas! ¡Anda y que te den! O mejor, ¡que te zurzan, te vas a caer a pedazos!

—¡Par de capullos! ¡Voy a ver al capitán! ¡Veréis la que armo!

Pío lo tenía claro, ¿qué podían meter clandestinamente en el barco si no era una bomba para hundirlo? El ferri aún estaría amarrado una hora. Los moteros, o solo aquellos dos, colocarían el artefacto y se largarían. El mundo estaba suficientemente loco como para que ocurrieran cosas así. En cuatro días no sería más que otra noticia en los telediarios del mundo. Volarían por los aires, al año un primer aniversario, después una estatua *in memoriam* y todo olvidado. La superpoblación no estaba falta de víctimas propiciatorias. Las listas de ejecutores voluntarios estaban al completo. Mientras unos morían sin saber por qué, otros asesinaban adoctrinados, y el mundo seguía girando como siempre, bastaban cuatro lobos para exterminar un rebaño, mataban para comer, comían, y seguían matando por placer. Sin pestes ni masacres globales, ¿cómo se iba a mantener el equilibrio? Los ángeles exterminadores eran la solución y no el problema. Si Dios ya no mandaba plagas, los hijos de Dios, Alá, o quien fuera, se alzarían como su brazo ejecutor, exterminarían en su nombre. Otros parecían la reencarnación del mismo. Otro Hitler, otro Mussolini, otro Franco... podrían echar una mano a la superpoblación. Parece que hay suficientes acólitos.

—Tú no irás a ninguna parte —sacó la mano del bolsillo con un *petardo* bien liado—. Ya ves de qué se trata, anda viejo, fumemos la pipa de la paz.

Pío dudaba, ellos lo notaron, era una de estas situaciones en las que todos farolean y todos dudan.

—*Es un viejo, pero peligroso.*

—*Son jóvenes violentos, pero inexpertos, más bien un par de bobos...*

—No te comas el coco, abuelo, no pasa nada —y tocando la caja—. Son las reservas para el viaje.

En aquel momento atinó a pensar: ¿tanta historia para subir un paquete de maría al ferri? Qué ganas de complicarme la vida, tengo que relajarme.

Pío sabía muy bien cuando debía actuar y cuando tocaba callar, o simplemente pasar de todo.

—*Joder, no estaría nada mal colocarme un poco.*

Alargó la mano decidido, cogió el *peta* y, mirando con picardía, pidió autoritario:

—Bien, venga, dadme fuego...

—Es de primera, ya verás...

—Lo notarás —rectificó el otro—, te pondrá a cien.

—Sí... —dijo haciendo las primeras caladas—. No está mal.

—¿No está mal? ¡A mí me sube al acto!

Mejor es la broma que la bronca, el porro que la porra, el cachondeo siguió:

—Si en vez de ser un puto viejo fueras una puta joven, la juerga que nos montaríamos ahora mismo.

—Ja... Ja... Ja... —risas forzadas, mentes embotadas y confundidas, paz y gloria, sin más historia.

Pío soltó algunas de sus fáciles carcajadas. Las mismas que surtían en cócteles y todo tipo de eventos culturales y sociales. Risas no estudiadas pero que formaban parte del acervo cultural de las clases adineradas. No eran, nunca lo fueron, antisonantes, ni estridentes. Cubrían una necesidad en la corrección debida del saber hacer social más distinguido. Una sonoridad, un rumor que no debía ruborizar.

—¡Joder! Es bueno, muy bueno. ¿Eres así de chistoso o es la maría? —¿bromeaba o le habían cabreado y empezaba a soltar lastre?

—La maría... ojalá tuviera una buena María... —contestó insolente el uniformado con chaleco Harley.

Risas, risitas y *anda que os den*, o *anda que te den*, de unos y otros, metido hasta lo más hondo.

Los recién embarcados empezaban a curiosear por el ferri. No había mucho que ver, salvo que uno apreciaba la suciedad, el mal gusto y unas puestas al día que al parecer consistían en ir sobreponiendo capas de pintura. Había piscina sin agua, llena de cajetillas de Winston, Marlboro, Marquise, Mencey, Camel y múltiples cáscaras de todo tipo. Visto esto, el resto solo cabía imaginarlo. Pío y los dos esbirros añadieron tres colillas al fondo de la seca piscina.

Ya en recepción, no tuvieron que ponerse detrás de la cola.

—Señor De la Riba, ahora mismo le acompañamos a su *suite*.

—No es necesario...

El buque podría dar pena, pero el personal italomarroquí era exquisito, especialmente con un VIP.

—No, no, ¡por favor, Isabella! —llamó a una hermosa italiana de recepción—. Acompaña al señor De la Riba, por favor.

La joven le miró curiosa. No era habitual ver caballeros con aquella clase y menos con la dignidad ochocentista de su sombrero de paja. Pío tampoco dejó de fijarse en ella.

—Si me da diez minutos... estamos acabando de arreglar la *suite*. Si va al bar, vengo a buscarle cuando esté.

Los dos matones susurraron al oído del jubilado:

—Dale una buena propina, viejo.

—Quédatela en tu *suite*, aprovecha que estás subido.

Qué otra cosa podían decir aquellos dos gorilas, Isabella era una princesa sacada de un cuento de hadas. Italiana o marroquí, qué más da, era una aparición. El recepcionista al que jamás se le escapaban gestos y detalles, miró desairado a los moteros:

—Ustedes tienen que ir al otro lado —estiró el dedo sin contemplaciones—. Los pasajeros de butaca hacen cola allí.

A dos cubiertas por encima, una gran estancia con TV y un acondicionador de aire que congelaba la sangre, intentaban humanizar cientos de butacas donde africanos, y algunos españoles, tenían reservado su asiento para el resto del trayecto hasta Génova.

Los dos moteros fueron al encuentro del jefe. No costó encontrarle, estaba estirado con sus agresivas botas encima del cabezal de la butaca anterior. No tenía ningún africano cerca, y menos alguno de los críos que correteaban por el ferri. Aquellos magrebíes podían ser humildes, pero no estúpidos, sabían muy bien a quien se podían arrimar y a quien debían evitar.

—Todo bien, sin problema —mintieron los dos ocultando el mal rato pasado con el viejo que resultó ser un VIP—. Toma, el paquete está intacto.

—Lo sabía, el escafandrista es un maldito cabrón, ese tipo nunca falla —y mirando a sus cómplices con esa expresión que tienen los criminales ordenó—: ¡No quiero ver a nadie más hasta el jodido puerto, debajo del *Neptuno*! ¡Largaos!

Entre el viejo y su jefe, llevaban demasiado tiempo no escuchando más que broncas. Así es la vida, unos nacen para dar órdenes y otros para agachar la cabeza. Hasta que se rebelan y consiguen doblegar a otros. Otros, eso sí, pero los que nunca la agacharon siguen siendo los de siempre, la élite que nació para no estar sometida jamás.

Eso nunca cambiará, así que los dos gorilas del jefe de moteros pasaron de todo como don Pío y encendieron sendos *petas*, más otros dos antes de estirarse para dormir en la moqueta del pasillo. Varios magrebíes hicieron lo mismo, era una siesta bendecida por Alá y Dios nuestro señor.